

L A T I R A N A

Fiesta ritual de la provincia de Tarapacá

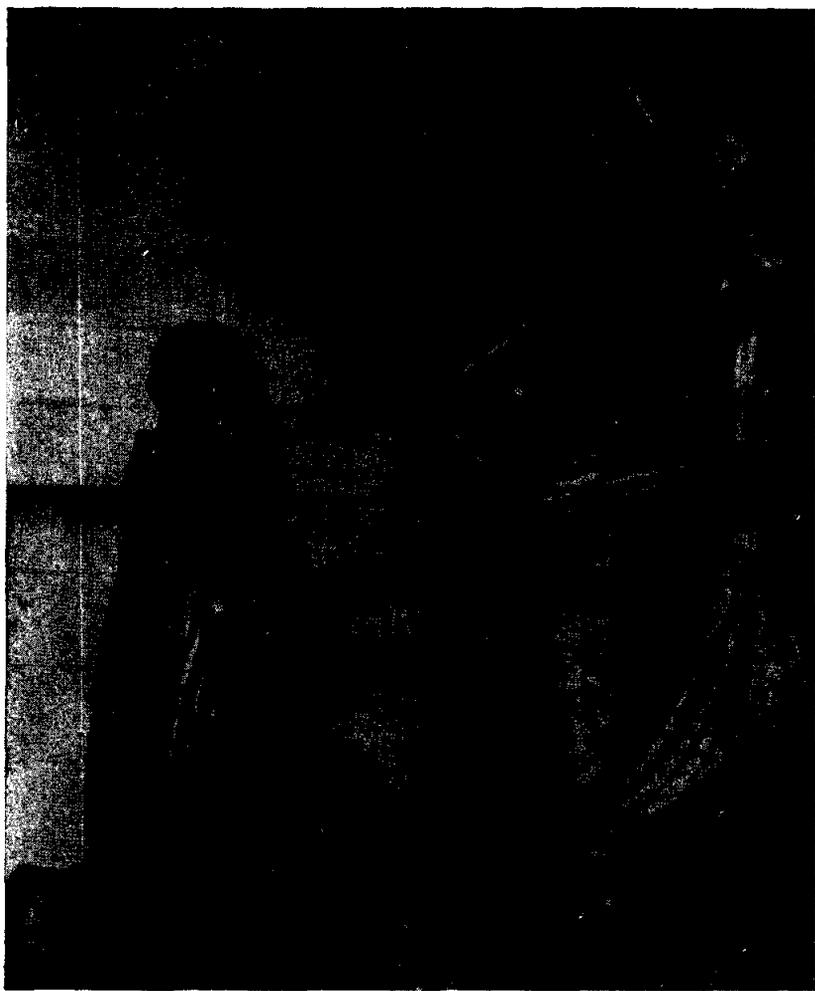
P O R

Carlos Lavín

CON fuerza de símbolo y valor de alegoría perdura en un remoto confín del desierto atacameño—entre los más ásperos y desolados del mundo, según Darwin—el Santuario de La Tirana, bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen y conservando el apodo de aquella «ñusta» casquivana que en épocas de la Conquista tanto dió que hacer a las huestes de Almagro y después a los compañeros de Valdivia.

Esos parajes semiocultos por el sector más tupido de la selva que después llegó a distinguirse como la Pampa del Tamarugal, ofrecieron, con su estratégica disposición natural, un refugio a los rebeldes de la hispánica dominación y al mismo tiempo un apropiado burladero para los usurpadores de los rangos y destinos de la suprema dignidad incásica. Fugitivos y rebeldes de todos los credos y razas tuvieron al fin que revelar la enorme ruta de expiación hacia la selva sagrada; y, al correr del tiempo, tan recóndito asilo de la gentilidad se fué transformando en un sitio de elección para los católicos de esos paramos inhóspitos. Acudieron los misioneros a santificar con una ermita el reducto de gentiles y el recogimiento cristiano cubrió todo aquello de un respetuoso silencio, apenas interrumpido por el rumor de las oraciones, los cantos y los salmos. En un plazo secular se ha venido señalando ese desamparado lugar de santidad como la meta de peregrinaciones más importante de la zona norteña (va marcada en el plano con el N.º 10) y sobrepasa en pompa, aparato y concurrencia a las dieciséis romerías que, en las provincias de Tarapacá y Antofagasta, anteceden a la de San Fernando de Copiapó, con la cual se equipara en determinados aspectos.

En lo religioso no se le consultó entre las efemérides tradicionales de la Alta Colonia, como las concentraciones de más al sur, pero junto con Ayquina, Sibaya, Caspana y Livilcar, conserva su rango internacional y posiblemente supera a todas por sus reviviscencias y una teatralidad que amenaza malograrse con odiosos tributos al extranjerismo. Prestigiada esta romería con una corriente tradicional y santificada por una devoción, señala un caso particular y un



Oh misericordiosa Virgen del Carmen de La Tirana, que te has dignado descender hasta nosotros, apareciéndote en este desierto de nuestra Patria, acrecienta con tus dones nuestra confianza en tu poderosa protección y nuestra fidelidad al vasallaje, que por todos los chilenos te juraron los próceres de nuestra Independencia Nacional.

Dígnate cubrir a todos estos tus hijos que aquí venimos año a año a reconocer tus favores, con tu blanco manto y llevarnos seguros a la Patria del cielo, donde cantaremos eternamente tus misericordias.



SALUTACION

Gracias a Dios que llegamos
al pie de tu altar mayor
a darte los buenos días
flauta, bandera y tambor.

Madre mía del Carmelo
madre eterna de mi bandera
en el medio de la plaza
voy a arrastrar mi cuerera.

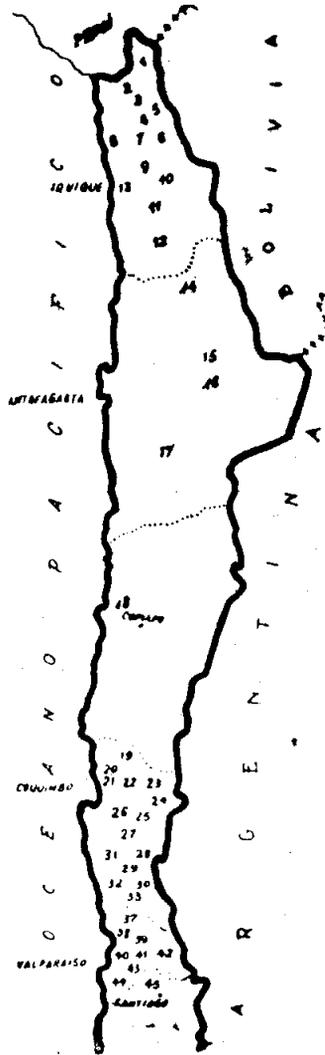
ejemplo casi exclusivo de piadosos actos atendiendo al perfil orográfico y los abiertos horizontes de su escenario.

Sus anales acusan en lo antiguo una absoluta realidad histórica que durante el coloniaje vino dignificando una comarca impenetrable. Supervivientes de la estirpe imperial de los quéchuas sucumbieron ahí en sus ambiciosas pretensiones con tan adverso sino como el de los aventureros ibéricos que pretendían imponer su acendrada fe cristiana. El recuerdo de tan reales eventos dió pábulo a legendarias consejas que alimentaban el mito pagano de «la tirana de esas soledades» y la atracción del misterioso sitio fué perdiendo el fervor humano para santificarse y pervivir con toda la atracción de un venerado santuario.

LA LEYENDA

Paullo Tupac, de la más alta dignidad sacerdotal en la corte del Hijo del Sol, y su hija Huillac Humu, sacerdotisa del Corincancha y del propio linaje de los Incas, en compañía de una cohorte de dignatarios y altivos «wilkas» de la guardia imperial, integraban los rehenes que debían acompañar al Adelantado don Diego de Almagro en la prosecución de sus conquistas al través de los ignotos dominios del extremo sur del Continente,

Las indescriptibles penalidades de la jornada en tan frías serranías diezaban las filas, tanto de la casta ibérica como en la progenie quechua; ya traspuestas las cordilleras y, en azarosa mar-



MAPA FOLKLORICO DE CHILE. El Santuario de La Tirana ocupa el número 10.

cha por el Camino del Inca que surcaba los arenales atacameños, fueron muchas las emboscadas de los naturales que facilitaron la deserción de los cautivos. Primero el Gran Sacerdote y después la núbil princesa encabezaron bandos de facciosos que, ya se replegaban a las altiplanicies de Charcas, ya buscaban refugio en los oasis del despoblado.

Todos esos grupos aislados de rebeldes se dieron cita al fin en la maraña del Tamarugal y entronizaron a la «ñusta» como la presunta pretendiente de la degradada dinastía. Durante cuatro años, la audaz princesa ejerció el más rudo dominio; y su soberbia y rigor despertaron resquemores y provocaron muchas defecciones. Con una férrea voluntad y la más firme resolución, supo sofocar las rebeliones y sus demasías y caprichos le granjearon el título que había de eternizarla en la leyenda. Su adverso destino la llevó a requerir de amores al renegado don Vasco de Almeyda, fugitivo minero de los yacimientos de Huantajaya. Sometido y hechizado el lusitano con los encantos de la tiránica beldad, supo al fin imponerle la fe cristiana, sin reparar en las sospechas de los ancianos y en las suspicacias de los «wilkas». Sorprendidos en sus deliquios los infortunados amantes fueron sacrificados sin piedad y el éxodo de los conjurados favoreció la anarquía y dispersión de la prole indiana hacia los oasis vecinos.

Astroso y descalzo acertó a llegar hasta esos breñales el predicador evangélico, fray Antonio Rendón. El hallazgo de una cruz en las viviendas abandonadas le sugirió los milagros de la Fe en ese solar de nobles y guerreros.

Con tesón, y a costa de ingentes sacrificios, logró al fin el audaz misionero purificar con obras pías el apartado adoratorio y desde largas extensiones del campo árido concurrieron los files a venerar, por la fiesta del Carmelo, a la Reina del Desierto. Hacia 1818 se alzaban ya los muros de un templo de dos torres, recubierto de calamina, y la romería carmelitana llegaba a imponerse entre las más fervorosas de la región atacameña.

En su era de paganismo este fragoso escondite del desierto situó y confirmó una perfecta realización del mito de la Atlántida, tan bien rememorado en los tiempos modernos por la novela de Pierre Benoit. La asimilación del secadal atacameño con las hórridas estampas del Sahara puntualiza todo un escenario fantástico donde podían pervivir tiempos anacrónicos. Allá se equiparan las asechanzas del Hoggar africano con el misterio de aquella dilatada almaciga de raquíticas gramíneas perdida en la yerma inmensidad del

litoral de América. Tal como el mito platoniano y toda la cultura de la Antigüedad Griega necesitaban de una divinidad bien humana (Antínea) para hacerse representar en un ignoto paraje y en nuestra propia época, así puede surgir la mitológica encarnación de La Tirana (Ñusta Huillac) en su escondite del Tamarugal para simular en un bello anacronismo una reviviscencia pagana de la Edad Precolombina en los cristianos días de la actual civilización americana.

EL PAISAJE

Como una verdadera sonrisa del desierto se esparce la Pampa de Tamarugal y con el carácter de una maravilla de la Naturaleza se la puede observar desde una gran distancia. Su confín norteño se acerca a la exótica villa de Huara, la cual además de resultar un punto focal en la explotación del salitre, se impone como un nudo o una central de comunicaciones entre el litoral y el interior de la Quebrada de Tarapacá. La infinita perspectiva que se domina hacia el sur la puntean algunos árboles muy distanciados, que marcan la existencia de bombas hidráulicas para las aguas subterráneas; y, la guarnecen en la extrema lejanía las diluídas zonas de un leve verdín, ofreciendo una estampa que como ninguno otro fenómeno natural sugiere las edades prehistóricas. Contribuyen a complicar más los fenómenos de espejismo, los dispersos tamarugos que, en un género minúsculo y dentro de la especie de las gramíneas, tanto se asimilan a la acacia y al algarrobo. Diríase una almáciga gigantesca bien difundida en hilos verdes, profusamente distribuídos en la línea color sepia del horizonte y componiendo, en el conjunto, una desconcertante visión que no es fácil olvidar.

Los trajinantes que la surcan más al sur se extasían ante las filiformes líneas amarillentas que van marcando las sendas, ya rigurosamente rectilíneas (Pozo Almonte a Mamiña) o bien onduladas y guarnecidas de piedras en los bordes (La Noria o La Tirana). La vastedad del horizonte se complica conforme se alcanza una mayor altura hacia el oriente, surgiendo los cañadones y los terrenos lomados que anuncian los contrafuertes de los Andes.

Descartando los ubérrimos oasis de Pica y de Mamiña, es el poblado que rodea el Santuario una de las pocas compensaciones a la tristeza de esa espectacular inmensidad que simula la imagen inerte de un mundo perdido. Las torrecillas del templo de La Tirana—con el material metálico y liviano que exigió el terrenoto de 1868—rompen la irrealidad del medio y parecen denunciar una es-

pecie de oculta tramoya en la sabana estéril. En sus aledaños, algunas imperceptibles depresiones del terreno esconden conatos de agricultura, que se prolongan hacia el Levante con las haciendas Santa Clara, Santa Elena y El Carmelo, integrando una comunidad agraria que allí posee el Obispado de Iquique. En la aldehuela misma, señalada por un minúsculo hacinamiento de chatas y desnudas viviendas cúbicas y algunos muros derruidos, sobresale la iglesia como la única construcción estable y escasos y copudos algarrobos dan una moderada nota vegetal en aquel simulacro de fertilidad, constantemente amagado por las arenas circundantes.

Esta excepcional porción planetaria, tan desprovista—al parecer—de medios de vida y estructurada en tan enigmática geología, aparece, sin embargo, colmada de bienes de escasa generalización y muy poco relacionados con su ambiente peculiar. Se traducen ellos en los flúidos que surcan esas soledades y la prístina atmósfera que la rodea. Las noches de La Tirana o de Mamiña dignifican el infinito espacio estelar hasta la maravilla. Las transmisiones radiofónicas emitidas en la Metrópoli, a 13 grados de diferencia, se escuchan con impresionante perfección; y, la visibilidad en las grandes distancias terrestres es verdaderamente militar. Desde lo alto del Cementerio de Mamiña se observa claramente la titilación, hacia los 75 km., de las luces de Pozo Almonte; por último las emanaciones caliginosas del monótono erial—muchas veces cegado de torbellinos y olas de arena humeante—impiden percibir hacia la costa la inconcebible delgadez y finura del aire ambiente. Felizmente, en la zona media y al pie de la Cordillera se alcanza a apreciar la bondad indecible de este prodigioso caso de climatoterapia.

El recinto del Santuario de N. S. del Carmen es así un punto geográfico sin nombre, pero bien denominado con un emblema del influjo incásico en esas latitudes. Como villorrio y por el pintoresco caos que semeja, especialmente por los días de las Cármenes, se aparta ostensiblemente de la propecta vulgaridad y polvorienta apariencia de los pueblos calcinados de la zona salitrera. No se podría concebir alguna muestra del tráfico ciudadano en el recobeco que asila el Santuario y es por ello que los fieles de todas esas provincias le asignaron preferencia como un verdadero polo religioso de las aglomeraciones norteñas. Consulta esta peregrinación todo un itinerario de devociones y, asociando los aspectos más contradictorios se adjudica distintas categorías que le asignan un rango sintético entre las diversas festividades del suelo chileno.

GEOGRAFIA

La carretera de Iquique a los pueblos del interior debe ascender—a la vista de este puerto—casi ochocientos metros para alcanzar el nivel de la pampa salitrera. Desde El Hospicio se dirige rectamente al oriente pasando por el campo de aviación de Los Cóndores y luego se ve orillada por algunas eminencias que ocultan los históricos asientos mineros de Huantajaya y de Santa Rosa. Avanza en seguida hasta la Oficina Humberstone—una verdadera ciudad moderna—para doblar al sur en busca de Pozo Almonte, la más típica y presuntuosa de las localidades pampinas, con una larga tradición de contrabandos y batallas, sobresaliendo como la imprecisa sede de las más diversas transacciones de intercambio. Su decadencia se confirma ante los polvorientos restos de una cómoda población. Es un descanso obligado de la movilización automóvil y exige la visita de las características «pulperías» y los destartalados tabernuchos donde vienen a surtirse de menestras los «nitreros» de tierra adentro. Arranca ahí el camino rectilíneo que, al través del descampado, conduce al balneario de Mamiña y también se desprenden las rutas de los oasis del Tamarugal.

Desde Iquique puede asimismo hacerse el viaje a los citados vergeles por la ferrovía de Iquique a Pintados, que hoy día forma parte integrante del Longitudinal. Se le habilitó hasta La Noria en 1871 y en esta estación tiene también su arranque el sendero que conduce a La Tirana. Situado el Santuario en los 20° 27' de latitud sur y 69° 43' 30'' de longitud oeste, reúne a su alrededor 40 habitantes y marca el centro de la Pampa de Tamarugal. Se alarga ésta 350 kms. desde Huara en el Norte hasta Challacollo en el Sur y se dilata de 50 a 100 kms. de Oriente a Poniente. Caracteriza una inmensa región verdaderamente excepcional en el Norte Arido y forma parte de un original sistema orográfico derivado de la elevación de porciones marinas en edades prehistóricas. Se le ha considerado siempre una selva de gramíneas progresivamente devastada por la nefasta acción de los desiertos colindantes y, en seguida, por la utilización—desde 1835 a 1880—de su leña para la fabricación de pólvora y como combustible de los establecimientos de fundición, de las minas de plata, y de las salitreras y borateras de los contornos. Queda asentada en la Tercera Zona (pampa plena) del perfil transversal de la provincia de Tarapacá, contigua a los cantones salitreros de Pozo Almonte, La Noria, San Antonio, etc. El poblezuelo de La Tirana se comunica con los oasis vecinos por los

senderos—ya mencionados—que conducen: al oeste, con Yabricolla, Mamiña, Macaya, Tambillo y Calera; hacia el oeste, con Quisucala, Pica, Huanta; Matilla, al sureste y Cuminalla, al sur. Como centro de comunicaciones, dista el Santuario 20 kms. de Pozo Almonte y 77 kms. de Iquique. No solamente la amplísima comarca presenció las primeras explotaciones mineras (extracción y fundición) de las postrimerías del siglo XVI, sino que además, y posteriormente, absorbió hacia el litoral las principales extracciones de los fertilizantes, estructurando sus recursos naturales, sus medios de vida y acomodándose a su perfil geológico con una fórmula sintética del paisaje que armoniza con un fenómeno demográfico, posiblemente único en el mundo.

Esta red de poblados parásitos de Iquique, ha debido congeniar con las vicisitudes y fortunas que se han entronizado en la ciudad madre. En el período 1911-1913 queda encuadrado el apogeo indecible de esta región: era el plazo fatal de la provisión de salitre que se asignaban las grandes potencias antes de lanzarse a la Primera Guerra Mundial. Centenares de embarcaciones fondeaban en el puerto aportando las mercaderías más preciadas de los cinco continentes para volverse cargadas del virginal fertilizante, productor principal de los explosivos que tanto impresionaron al mundo. La prosperidad iquiqueña tomó caracteres fabulosos y el derroche y el boato que pronunció, jamás se comprenderían en los días que vivimos. Esta fantástica largueza se proyectó en molicie y corrupción para los festejos populares que acompañan a la piadosa peregrinación carmelitana. Los desbordes se morigeraron a tiempo y automáticamente moderaron la nefasta pendiente los azotes de la horrible miseria que sucedió en 1918 al fin de la gran conflagración mundial. La santa Romería de La Tirana pasó, en esos días aciagos, a constituir el supremo consuelo de las ávidas multitudes de cesantes y desocupados que habían podido pernoctar en el Puerto del Salitre.

EL CULTO

Si bien es cierto que en La Tirana el raudal indio de danzas nativas es posiblemente el más variado de todo el país, no por ello la imposición de la autoridad eclesiástica deja de manifestarse con la más rotunda severidad para plasmar el espectáculo en el propio carácter de un caudal fervoroso y litúrgico. Ya sea con sentido purificador o con el propósito de consultar el oráculo, y siempre con la esperanza de alcanzar a Dios, los feligreses de la diócesis iquique-

ña acuden cada año a tan lejano lugar de santificación para vivir «un hoy que no deja de ser un pasado».

Puede señalarse la transición del siglo como la fecha aproximada en que tan bellas festividades enriquecieron el límite y contenido de nuestra realidad nacional. Crecientes muchedumbres de fieles y oficiantes de las diversas razas de la América Austral se han apresurado a observar este culto singular que da en Chile la nota alta y los sumos contrastes del exotismo. La ruta de estas peregrinaciones tuvo momentos de decadencia y sensibles deserciones, pero no faltaron acicates para su eternización. Antes de los días de la lucha que enfrentó a las naciones fraternas, en 1879, ya se había fortificado la atracción de esta romería carmelitana con un prodigio inolvidable. Hacia 1868 no se pudo llevar a término la translación de las valiosísimas campanas de la iglesia de La Tirana, reclamadas incesantemente por el templo de La Noria, porque esta maniobra se sincronizó con un terremoto que decididamente impidió dicho cambio. La rehabilitación de las labores argentíferas en Huantajaya y Santa Rosa, 1888, avivó la generosidad de las ofrendas y otro tanto ocurrió con el auge de la industria regional a principios del presente siglo.

Discretamente vigilada esta grandiosa manifestación espiritual, primeramente por el Vicariato Apostólico, y después por la dignidad episcopal del Puerto del Salitre, logró dominar a tiempo las relajaciones que, por los tiempos del Centenario, empezaban a mostrarse en los jolgorios populares de las fondas improvisadas en las afueras del poblado. Así, desde 1912 la autoridad eclesiástica de Iquique ha venido editando el semanario «La Luz», bien destinado a mantener la unidad espiritual entre el Prelado y sus diocesanos. Por las Cármenes renueva anualmente sus terminantes prescripciones litúrgicas, recuerda las ordenanzas a que deben atenerse las organizaciones de danzantes, las prácticas religiosas de los fieles; y, cada Domingo, delimita las jerarquías de las devociones en una norma sostenida que ha calificado estos viajes espirituales entre los mejor organizados de todo el país.

Al frente de la tradición gentilica, que mantiene intacto el ceremonial de las agrupaciones coreográficas de tan diversas y remotas procedencias, y las exóticas figuraciones de las farándulas y conjuntos sonoros, se impone la más acendrada sumisión y respeto al culto católico, con muestras inamovibles de disciplina y edificante piedad.

En el día de la Patrona de la Nación, las misas de amanecida,

la solemnísimas Misa Mayor, la administración de los sacramentos y especialmente la procesión adquieren rango de suntuosidad, pompa y recogimiento, en abierto contraste con la paupérrima e ingrata imposición del medio físico. Después de los oficios mañaneros, se efectúa el acto de los Buenos Días o sea la presentación de las organizaciones danzantes; las cuales desfilan, al fin, acompañando a la autoridad eclesiástica en su trayecto al templo para celebrar la Misa Mayor.

A la hora del almuerzo, la muchedumbre se disgrega para visitar los alrededores; hacia las cuatro de la tarde retorna a la amplia esplanada que da frente al atrio para celebrar la solemne procesión que clausura la serie de actos. Es aquí donde se mezclan todas las manifestaciones sonoras: las bandas, los destacados grupos musicales y todo el instrumental de los «bailes» se empeña en su afán de dominar el conjunto. Fieles y oficiantes ofrecen sus preces, sus himnos, alternando con los cánticos de los sacerdotes. Las originales imágenes, resplandeciendo entre luces y flores, son portadas en andas para separar las ondulantes filas de romeros, penitentes de rodillas, y las polícromas comparsas de danzantes. Es el momento culminante de la piadosa concentración, después de la cual todos acuden a buscar reparo y descanso, por algunas horas, en los tendales y carpas que obstruyen el campo erial de las afueras.

Así se concibe la amplificación creciente del radio de influencia de estos ejercicios expiatorios. Aquellos pobladores de la porción más inclemente y desamparada del suelo nacional buscan y encuentran en el peregrinaje de N. S. del Carmen de La Tirana, un consuelo y sus mejores ideas de purificación.

FESTEJOS POPULARES

En los intermedios que señalan los oficios y actos propiamente católicos, la muchedumbre se dispersa con muy diversos propósitos. Unos buscan el escaso verdor para reposar y solazarse, así como otros recurren al bullicio y estrépito de los recintos feriales; es así como, en su aspecto general, esta magna fiesta ha venido presentando al correr de los años bien diversos perfiles.

Por la época del auge salitrero, en los comienzos del siglo, las autoridades y numerosas delegaciones de la mejor sociedad de Iquique, Arica y Antofagasta, acudían a venerar a N. S. del Carmen. En 1911, se empleaba todo el material ferroviario para establecer la comunicación hasta Pozo Almonte; de ahí—a caballo o apretu-

jados en pintorescos y leves vehículos—, los fieles ganaban el Santuario en cuatro horas de viaje. Los extenuados viandantes, jinetes y Amazonas, se disponían a descansar y se concentraban en el Monte, o sea un insustituible y umbroso bosque, en el cual los tamarugos más copudos disimulan un minúsculo collado. Tanto en esos tiempos de bonanza como en los míseros que corren, el grueso de la multitud ha venido acudiendo, de preferencia, a los mercadillos del centro y la llanada del poblacho.

En los ventorros y barracas de feria circulan las turbas internacionales atendiendo el requerimiento y griterío de los buhoneros. En las precarias instalaciones se expenden santitos, escapularios, cosas de piedad, rosarios, reliquias, sartalejos de amuletos y se hacen consumos de las viandas, bocadillos y bebidas que los mercaderes traen con grandes dificultades de las ciudades del litoral. Pese a la depresiva imposición del ambiente desolado de todos los horizontes visibles, las fisonomías ostentan ese tono de cristiana resignación en que se mezcla la alegría con la continencia. No se advierte el vaho de la miseria porque no comparecen los lisiados, los mendigos, los menesterosos, los pordioseros, los tullidos, los llagados y los longevos; antes bien, parecería que la muchedumbre simulara un remanso de gente sencilla donde todos están gozosos de abundancia.

Las veladas al aire libre clausuran el programa después del crepúsculo, integrando un feérico espectáculo, en el cual las fogatas ponderan con sus cambiantes reflejos las siluetas de los danzantes enfebrecidos en idolátrica euforia. Solamente la técnica del agua fuerte podría dar una versión exacta de las escenas nocturnas. Los grupos se disgregan para presenciar los simulacros de holocaustos. Grandes fogaradas reemplazan aquí al inconcebible derroche de pirotecnia que ensalza, entre los peruanos de más al norte, las celebraciones rituales, bien concebidas dentro del rito incásico como una ancestral manifestación de paganía.

Hacia la medianoche, sobrevienen los vientos poderosos y libres que avivan las inmensas hogueras en una auténtica «fiesta del fuego». El escenario se entenebrece a ratos con el avance de las sombras que amenazan ahogar los destellos, halos y vislumbres de las llamas ondulantes.

Es esa una hora mágica y una postrera manifestación espiritual en que todo parece tomar un contenido absoluto, a favor de los contrastes y de las oposiciones que depara la escasa naturaleza de esos contornos. Un reposo bien ganado se ofrece al febril y laborioso gentío, ya ahito de la catarata de ruidos y soniquetes de la

jornada. En las tinieblas, sólo apunta el bishiseo de los rezos que deben preceder al sueño reparador.

LOS OFICIANTES

La farándula y la algarabía tarapaqueñas no han dejado de consultar dimensiones de grandeza en los años de este siglo, acusando, en varios aspectos, una restallante plenitud; pero, en sus despliegues de indigenismo y paganismo, no ha llegado a adquirir categoría continental.

Hacia 1911, y descartando las espectaculares actuaciones de las «llameras», sobresalían las figuras danzantes de los «bailes cambás» de la Oficina Salitrera Buen Retiro y los «bailes de Chunchos» de la Oficina San Miguel. Con blancas vestimentas aparecían comparsas de «morenos» de diversos cantones y aun grupos de «lacas» del Altiplano. Los trajes de las llameras y sus atuendos eran aún más severos y extraños que los que usan actualmente y los chunchos empuñaban enormes paraguas en sus evoluciones coreográficas. Como número tradicional persistía el baile de San José (el cautivo) y entre las falanges extranjeras solían aparecer las *aulلاكas*, las *chutas*, los *gitanos*, los *collaguas* y los *chinos* de las poblaciones del Alto Loa. Muy deslucida era en esa época la actuación de los «pieles rojas» y otras cofradías de Iquique, como también la de los «danzantes» de Mamiña.

Avanzando del más recóndito seno de los tiempos han venido irrumpiendo regularmente en esta festividad cohortes de danzantes tan anacrónicas como las «llameras» y en el carácter de visitantes de ultratumba prodigan sus fantasmales figuras. Con el pretexto de pastorear los camélidos del Altiplano, guardan intactos los ritos, el rango y el arcaico ceremonial de las «mamacunas» que en el Corincacha del Cuzco se abrogaban la vigilancia de las núbiles princesas encargadas de velar y renovar el fuego sagrado. Sugiere un cortejo histórico la extraña presencia de estas vigilantes y sus actitudes y mudanzas coreográficas apuntan el supremo exotismo de la reunión. Los trajes, la suma austeridad y la sobria contenencia de sus pasos y reverencias acusan una fidelidad al rito incásico, en el más completo acuerdo con el sistema tonal y la autenticidad racial de sus cánticos. La actuación de estas matronas y rectoras de un ceremonial palaciego o campestre que evoca todo el paganismo quechua, es decididamente una contribución extranjera a la chilenidad de la fiesta.

El comentario de su aporte musical, tradicional y coreográfico

debe descartarse de esta reseña con igual equidad a la que repudia la figuración de la cohorte de los «morenos» procedentes de la Oficina Mapocho. Es por demás atrayente el ciclo de estos danzantes de blancas vestiduras y graciosas esclavinas. La música que anima sus vueltas es asimismo de la más alta autenticidad quechua, pero la pauta que rige sus ejercicios coreográficos, aunque rigurosamente incaica, adquiere tales caracteres de universalidad que se ofrece en ejemplo y modelo de las escenas y episodios de la coreografía chilena.

Otra gran atracción extranjera la constituyen las agrupaciones instrumentales de «flauta de Pan» proveniente de Bolivia o del Noroeste Argentino. Se integran estos grupos con cuatro ejecutantes vestidos de civil y tocados con un calañés adornado con un pompón de plumas. Dos de ellos empuñan instrumentos grandes, que deben tocar simultáneamente con los otros dos más pequeños, integrando entre todos el conjunto de la gama de sonidos disponibles. Son cañas bien modeladas que yuxtaponen siete y ocho tubos, ordenados de mayor a menor, como el modelo griego, pero con doble hilera y de mucho mayor sonoridad y plenitud. Se les conoce entre los aymarás con el nombre de «ayarachi» o «siku» y entre los quechuas como «antara». Hacia el lado chileno se les distingue más bien con la denominación de «fusa», la misma que se sigue usando en la Puna de Atacama. Los había descrito el Inca Garcilaso y después en el Perú se les ha llamado «huayra-puhuras». Su timbre resulta desolado y quejumbroso, destacándose en el conjunto total de suavidades con un matiz muy exótico y peculiar.

Imponen su presencia por doquier las cuadrillas de «diablos». Alineados en dos filas, marchan adelante los tres de más reducida estatura y todos deben mimar el movimiento continuo. Sus vestes son rebuscadamente estrafalarias, con siluetas y actitudes que imitan el patrón mefistofélico. Una varita mágica o ramillete les sirve de complemento expresivo, en acción conjunta con los cuernos y prominencias de sus peculiares vestimentas. Su ubicuidad es realmente prodigiosa. En numerosos grupos, descomponen los dibujos de las danzas de otras falanges, intervienen en la procesión y figuran en los «sketchs», integrando una participación similar a la de las «girls» del teatro frívolo. Al margen de la disciplina rigurosa de las cohortes organizadas exacerbaban la euforia de todas las manifestaciones con el más sano y franco sentido de la alegría.

Agrupaciones ya bien prestigiadas son las «cuyacas» como oficiantes de un rito femenino ya bien generalizado en Tarapacá. Par-

ticipan los grupos de Arica y de Iquique en un ejercicio regular, acogido a una histórica institución de las naciones incaicas. Aun de mayor arraigo son los grupos de los «chunchos» y los «morenos», bien difundidos en las dos provincias norteñas. Son chilénísimos los primeros y se distinguen por su libertad de acción y alardes de juventud. La música que emplean los «morenos», si no ha sido chilénizada como la de los «chunchos», conserva atrayentes novedades que tienden a desvirtuar el sistema pentafónico y su desempeño coreográfico se conquista cada vez mayores admiradores. Son sus indumentos análogos a los de las cohortes iquiqueñas y ariqueñas. Los modelos que exhiben aquéllos, provenientes de la Oficina Mapocho, son los más auténticos, dentro de la nota clara y brillante que acentúan las esclavinas volantes. Los incansables grupos de «chunchos» aportan, en chilénísimas y discretas evoluciones, un material de música bien desprendido de la tradición peruana y una independencia en su criterio artístico que favorece singularmente la nacionalización.

En las actuaciones de 1948 fueron estas falanges muy numerosas y no disimularon su imposición y la influencia que poco a poco van ejerciendo en el tono general de la ceremonia. A su imagen y semejanza, aunque disfrazados con mucho menos fidelidad, figuraron los «pieles rojas», los «promeseros del Carmen», los «cruz del Calvario» y otras cofradías secundarias que se van incorporando al rito con una gama de desempeños más vulgar y desgraciadamente «extranjerezante». Entre ellos hay que lamentar la adopción de los «resplandores» que distinguen a los indios de los Estados Unidos de América, de los cuales también tomaron la denominación. Grado aparte señalan los danzantes de Mamiña, de Pica y otros montañeses y gentes del interior. Asimilados a muchas de las falanges de las salitreras, prefieren los tocados con plumas erguidas que tan bien distinguen a los indígenas mexicanos, y dan el ejemplo a otras minúsculas agrupaciones aun no clasificadas y de indecisa filiación.

En ninguna concentración chilena puede notarse mejor la oposición de la gente de «tierra adentro» con la del litoral. Al contraponerse ambas tendencias, marcan el conflicto y el choque entre la cultura adquirida del exterior y la plena tradición impoluta.

MOROS Y CRISTIANOS

El más evidente signo de antigüedad de la concentración carmelitana del Tamarugal, lo constituye la «loga» que rememora la

lucha con los sarracenos y aparece insertada como un verdadero «sketch» en la serie anual de estas festividades. Representan estas escenas una fugaz reviviscencia de aquellas leyendas hispánicas que los conquistadores opusieron como motivo conductor de la evangelización al través de todo el Continente. Si en ciertas localidades, desde Atacama hasta California, prevalece una litúrgica pureza englobando diversos motivos cristianos, en las otras se ensalza un tema místico determinado, o bien el desarrollo supedita la fidelidad católica del tema a bien apocados y procaces ritos gentilíceos.

Conservada celosamente, por cuatro siglos, en el inhóspito desierto atacameño (La Tirana, Ayquina), no se puede exigir a esta *loga* el despliegue histórico y la pompa escénica de las representaciones similares del Perú y de Méjico, ni tampoco a las de Alcoy y otros pueblos del Levante español. Los episodios de la secular pendencia de la cristiandad con la morería se estructuraron en episodios mimados y diálogos muy bien mantenidos entre la hispanidad del Viejo y del Nuevo Mundo, mezclados con otras acciones antañonas arrancadas de las justas hispánicas o de la tradición precolombina.

El «sketch» de La Tirana es brevísimo, sintético y amplio de desarrollo, pero bien riguroso en la fidelidad histórica. El rey cristiano luce una corona con menos puntas que aquellas de los marqueses y más que las de los vizcondes, un amplio manto o capa imperial, con lujoso ceñidor al cuello, y un alto y representativo cetro. Paseándose mal humorado, en lo alto de una eminencia, espera la llegada de su antagonista: el rey moro; quien ha solicitado audiencia y avanza por la ladera escondiendo su enigmática y hosca mirada debajo del turbante y ocultando en lo posible el canto de su cimitarra. Son breves y forzadas las cortesías que alcanzan a cruzarse y la lucha sin resistencia derriba al sarraceno. Acto seguido los diablitos rodean su cadáver y lo ocultan con su victoriosa danza, sucediéndose una alegoría de conversión y resurrección. Tan breve desenlace contradice la solemnidad de los prolegómenos, en los cuales prestan su concurso—en lujosa figuración—tanto los diablitos como dos estafalarias cohortes de parlamentarios reclutados entre los más juveniles danzarines y airosamente tocados de erguidas plumas y portando llamativos y estilizados armamentos e insignias.

Algo rezagado queda tan breve desarrollo y tan sobrio despliegue de las pomposas demostraciones de que hacen gala los «sketches» peruanos y mexicanos, anualmente repetidos en las fiestas patronales y rituales. En las funciones de las aldeas y ermitas de la Sierra

alternan y se funden con esa reminiscencia del racial conflicto histórico-religioso, otros episodios de la Conquista y aun personajes y escenas del ritual incaico. Igual prodigalidad usan los mexicanos en sus variadas prácticas de gentilismo. En algunos estados aztecas se hace intervenir a Poncio Pilatos y al Apóstol Santiago, en otros sale a escena Hernán Cortés y en los más se generalizan los cultos idolátricos, las danzas zoomorfas y señaladas muestras de fetichismo. En símil con las evocaciones levantinas de España los escuetos episodios chilenos no podrían reclamar en su favor más que un piadoso recuerdo. El milagro de la conservación de estos «sketchs», tanto en La Tirana, como en Mamiña y Ayquina, es una adquisición histórica bien rara del tesoro cultural chileno. Es por ello también que su captación y archivo en la cinematografía nacional marca una plausible iniciativa de tesorización en nuestros bienes espirituales.

VALORES DE AMERICANISMO

En los días que corren sería por demás osado conjeturar sobre las concentraciones de infieles en la era precolombina, ya fueren éstas motivadas por sus cultos idólatras o por sus obligaciones de conciencia. Tales migraciones se podrían justificar mejor como actividades de guerra, afanes de conquista y de rapiña; aunque más bien nos inclinaríamos a concebirlas como misterios de hechicería. Sin embargo, de muy antiguo, la raza negra parece haberlas practicado en Africa y aun en su ruta americana de esclavitud.

Introducidas las romerías por el cristianismo, tomaron de inmediato existencia en toda tierra colonizada del Nuevo Mundo. Al través de los siglos, las peregrinaciones católicas llegaron a equipararse con las del Viejo Mundo en el carácter de actos piadosos inherentes al Culto; pero, su misma esencia dió lugar a la incorporación de otras prácticas de carácter místico, como los «misterios» y las comedias devotas. Luego pudo verse que esta iniciativa de la evangelización estaba destinada a abdicar en la elección de los temas y vióse constreñida a aceptar paganías teatralizadas, que por largo tiempo debían coexistir con la liturgia. Las culturas precolombianas, ya fueren las de los aztecas, mayas, incas o caribes, posefan actos religiosos teatralizados (dramas y bailes) y no resultaba muy hacedera una inmediata repulsa. Imperceptiblemente, llegó a efectuarse una especie de fusión de ambos credos en los actos colectivos de los indígenas; es fácil comprender la multiplicidad de temas que surgían y prevalecían en el repertorio.

La corriente tradicional y la evangelización englobaron en el aporte hispánico muy diversos géneros de la escena, o bien propiamente literarios. Ingresaban los autos sacramentales, las farsas, los misterios, las loas, las mascaradas y bufonadas, como también pastorelas, coloquios, sainetes, entremeses, prólogos, relaciones, villancicos, gozos, chanzonetas, tonadas devotas, y todas las formas de la coreografía. A su vez, concurrían múltiples géneros en uso por la gentilidad y derivados de las teogonías paganas de los centenares de tribus diversas que albergaba el inmenso litoral de los tres continentes. La expresión coreográfica era en América Virgen el más socorrido medio de expresión y su panteísmo hacía prevalecer los cultos florales o vegetales y las danzas zoomórficas; con preferencia, avícolas. Son incontables las individuales; en cuanto a las colectivas y concebidas como bailettes ceremoniales, o bien como estilización de las actitudes de los animales sagrados, comprenden en México y América Central las danzas de los *tecuanes*, del *jículi*, del *yumuri*, del *rutuburi*, del *gavilán*, del *quetzal*, de los *paistles*, del *venado*, del *coyote*, del *torito*, de la *sierpe*, etc. Con argumento más definido se cultivaban asimismo danzas ceremoniales de raigambre histórica como aquellas de los Antiguos, Huehuenches, Tastoanes, el famoso Pascola, Onditas, Chinegritos, Penitentes, Piteros, Flagelantes, Ermitaños, Lucifer, El Pastor Perdido, Sembradores, Vaqueros, Serranos, Corcovados, Luzbel, Cucharón, Malinches, Azotadores, El Príncipe, El Imbécil, La Cruz, Vaqueros, Sonañeros, La Trenza, Matachines, La Conquista y todos los «mitotes» de las tribus mexicanas y centroamericanas y los «areitos» antillanos. Entre las primeras, se cultivaban también piezas más breves, y en el estilo de intermedios, como ser las de Las Plumas, Los Arcos, del Señor, de los Viejitos, etc.; integrando el más abigarrado conjunto que se pueda concebir y dentro del cual apuntaban todos los credos, las ideologías y gentilidades sin fin. En aquellas del género guerrero intervenían Los Apóstoles, San Jorge, Hernán Cortés, Los Conquistadores, Los Misioneros, y todas las siluetas de la historia, con idéntica prodigalidad a la que acusaban las funciones de los indígenas de la Sierra del Perú y del Altiplano. A la prole quechua o aymarás pertenecían las intervenciones de los Santos de la Cristiandad, los Conquistadores, los Incas y las Vírgenes del Sol, en argumentos donde primaban las creaciones propiamente indígenas, representadas o ensalzadas por los tarukas, los q'amalis, las huayliyas, los callahuayos, las cuyacas, los okumori o cuchi-rinri y otros conjuntos en que intervenían además, negrillos, castaños, pastores, bailareros y numerosos tipos bur-

lescos. Es de este modo como se ha venido conservando, al través de cuatro centurias, todo un riquísimo venero espiritual, tan profusamente distribuido en el suelo americano; y la medida de su variedad y multiplicidad puede sugerir el escaso contingente que Chile ha heredado en sus fiestas rituales.

En líneas generales y escogiendo la fiesta de La Tirana, tan glorificada de color, no se le ve tomar preponderancia sobre las celebraciones rituales de los países del Norte. Allende nuestras fronteras se ridiculiza a la fiebre amarilla, a los picapleitos y a todas las instituciones y tipos sociales. Además de encarnar a los tradicionales monarcas, dignatarios y corporaciones incásicas, se encargan de la sátira de actualidad las más dispares comparsas. Surgen gigantescos disfraces de animales, se practican las danzas zoomórficas y se prodigan gavillas de enmascarados o bien de huestes semiguerreras como las de los «turcos» con sus escudos y cascabeles que agitan y golpean. Los heraldos y pajes que custodian a las Vírgenes y Santos apenas si llegan, desde Sama y Tacna, hasta Arica. Por último, desentendiéndose de los tradicionales personajes secundarios desafían toda comparación las atrayentes comparsas de las «huaylillas». Agrupaciones son éstas de las bellezas criollas de cada región: se exhiben ellas bien formadas en dobles columnas y dirigidas por un caporal; van veladas y portan vistosísimos ramos y emblemas. Cantan y danzan y se defienden de los importunos con escoltas de guardianes enmascarados y provistos de látigos con puntas metálicas. De más está decir que estos emblemas colectivos de la juventud y de la belleza son parodiados por los elementos masculinos; y, más que ellas mismas los pintarrajeados efebos se adjudican aplausos con sus imitaciones de los melindres y requiebros de las mocitas.

Felizmente trasciende hasta Antofagasta la institución ritual de las «llameras» representando una fanática tradición quechua y se dispersa, latamente, hasta el centro de nuestro país, la renombrada cohorte de los «diablos» y «diablitos», con sus característicos disfraces y una actuación que significa todo un estilo y una evocación.

EL FILM

Entre las más audaces iniciativas del avance cultural en Hispanoamérica pueden mencionarse las gestiones realizadas por la Dirección General de Informaciones y Cultura para organizar un viaje de estudio en los desiertos de la provincia de Tarapacá. En Julio



La danza ancestral de las Llaneras



A U R O R A

Ya nació la aurora
por toda la tierra
dando luz celeste
claridad entera

Vamos cantando
con alegría
nuestra patrona
María, María. ,

Diez y seis de Julio
ya va amaneciendo
por toda la calle
va resplandeciendo.

Vamos cantando
con alegría
nuestra patrona
María, María.

de 1944, provistos de las máquinas grabadoras y filmadoras, partieron en aeroplano los miembros de una misión que debía encargarse de captar los diferentes aspectos del culto carmelitano en los actos ceremoniales del Santuario de La Tirana. Componían la delegación el folklorista Pablo Garrido y los cameramen Carlos Caroca y Luis Bernal, operadores titulares del Noticiario DIC. En un «metraje» de media hora de proyección, se seleccionaron las escenas y momentos culminantes de la fiesta y se grabaron varias decenas de discos documentales. Aportadas a los laboratorios de Santiago estas pruebas, fueron compaginadas y encuadradas por el director Armando Rojas Castro y sincronizadas por el compositor Garrido y el radiotécnico Floreal Castro, hasta preparar un hermoso film de veinte minutos y de la máxima calidad documental.

Sin lugar a dudas que la labor de los cameramen Caroca—lamentablemente desaparecido hace dos años—y Bernal representa, en esta cinta, las palmas del mérito. La aplicación, plenamente lograda, en orden a captar en brevísimo tiempo y las más aciagas condiciones (en pleno desierto) escenas que les eran desconocidas, y con la sorprendente variedad de temas y «enfoques» de que hace gala esta fugitiva visión, indican todo un acierto nunca bien ensalzado por aquellos que conocen el lugar de la acción, el espeso ambiente, la falta de todo recurso, la cegadora resolana y la resistencia del personal nativo para someterse a prueba. Puede decirse que se omitieron pocos detalles y que la recolección de vistas representó, en la cámara misma, más capacidad profesional que la técnica del Director, la documentación del folklorista y la pericia de los «sonidistas». Vale decir, además, que todos los que intervinieron en este rodaje documental pusieron a prueba sus facultades, reclamando lauros en cada uno de sus cometidos.

Son fácilmente perceptibles algunas virtudes y adquisiciones bien logradas en el film, como la sintonización evidente de heterogéneos temas sonoros, en los cuales el radiotécnico consiguió «regrabar» efectos de tres platos giratorios con sendos motivos autóctonos. Asimismo se imponen el tono literario del libreto, redactado por Alfonso Reyes Messa, y la discreta dicción del locutor Peter Mario Batke, exponiendo dignamente un documento de chilenidad que debió en aquella época haberse comentado y rotulado simultáneamente en idioma inglés.

Entre las omisiones del «corto», bien justificadas en el escaso y apresurado ritmo de su género, figuran la ausencia de un buen encuadre de las «llameras» y sus características actuaciones; la falta

de fugaces visiones documentales, de aquellos atisbos de vegetación que califican ahí el escaso medio físico. Entre los excesos hay que recordar la ubicuidad de los «diablitos» y los vanos efectos de masa humana, como también la preminencia de motivos musicales incásicos sobre los propiamente chilenos. El largo rodaje otorgado a la Danza de los Morenos resulta plausible por su alcance pedagógico.

De la nómina de los momentos culminantes, hay que mencionar la sensación de «suspense» que crean los personajes del sketch, con sus misteriosos pasos y paseos y la admirable captación de la secular campana ocultando a medias el lejano rebullir de las «llameras», que a la fecha grabada en el metal oponen elementos de eternidad.

Todos estos logros, bien definidos, ponen en evidencia el aprovechamiento de las lecciones y la práctica impuesta por el Director, Armando Rojas Castro, al personal técnico que con él ha venido colaborando en el Noticiario DIC. El audaz intento de estos funcionarios, en orden a obtener un testimonio pleno de documentación y bien movido por un soplo de vida, ha marcado un categórico avance cultural en nuestras investigaciones científicas y propone un ejemplo de cooperación digno de imitarse.

LA COREOGRAFIA

Entre los saltos de los «chunchos», las figuraciones de las «cuyacas», las hieráticas y simbólicas evoluciones de las «llameras», las cabriolas de los «diablitos», y la virtuosidad eufórica de los «morenos», no se podría jamás establecer un nexo de complicidad estética. Cada una de estas genéricas falanges aporta una nota típica en la farándula con la prominencia de la última, bien perceptible en el episodio final del film.

Con una veste algo asimilada a la de los «seises» sevillanos, la cohorte de la salitrera Mapocho—que posiblemente ha dado ejemplo a los «morenos» de Arica—da una nota clara en el conjunto. Disgregada toda la comparsa en abierta superficie, figuran con primor sucesivas convergencias y divergencias segmentadas por pasos que algo hacen recordar la técnica de los derviches giratorios, pero distinguiéndose por una mayor sobriedad. Si la música acompañante es virtualmente quechua, tanto por el pentafonismo de su sistema sonoro como por el timbre ácido de los instrumentos de cobre, se puede clasificar en el repertorio universal esa concreta coreografía de tan estudiada perfección. Las posturas y esguinces están

calculados para que los danzarines luzcan, en las reacciones, toda la elegancia de sus siluetas, admirablemente caracterizadas por los lineamentos de las esclavinas echadas al viento. Desgraciadamente, la versión cinematográfica no puede rendir el lujo y centelleo de los colores movibles, a base de amarillo y oro o gamas blanquecinas.

Aun de mayor teatralidad es la presentación de las «llameras» con su estudiada y siniestra estampa. Se diría que ellas coinciden en algunos detalles con la abigarrada silueta del «ekeko» de los ay-maráes o que se han identificado con algunas de las cualidades secretas de la peletería natural de los camélidos andinos. Como sus congéneres del territorio peruano, del boliviano y del interior de la provincia de Antofagasta, aspiran, con sus hieráticos movimientos y las simbólicas y medidas figuras en que se despliegan, sugerirnos algo de la tristeza y la resignación de las razas vencidas.

Los grupos de las «cuyacas», que concurren en gran número, desarrollan el ritual, se visten y evolucionan en idéntica escuela a las que visitan el santuario de Las Peñas, en Livícar. Una mayor libertad de formas y el uso de más llamativos colores las equiparan, por momentos, a otros grupos genéricos. Es de notar también la serie de actitudes y el avance característico, acompañado por un canto procesional, de las cohortes de Mamiña al verificar su «entrada» al Templo.

Los grupos de «chunchos», «pieles rojas», «cruz del Calvario», pese a su virtuosidad juvenil, no sobrepasan la técnica del salto y la contorsión; apenas si en sus invenciones, propiamente musicales, pueden ser bien considerados. Más incierta es aún la acción coreográfica de las falanges de los «Promeseros del Carmen» y los «Pastores del Niño Dios», bien distinguidas en la categoría de cofradías. No así puede considerarse la corporación de los «chinos», asimilables a sus congéneres del sur, como también las comparsas de «diablitos».

Si los espectáculos diurnos logran interesar por su novedad, aquéllos de la noche requieren aún mayor atención. Clasificada de antaño la concentración de La Tirana en el ciclo de las idolátricas manifestaciones de los quechuas, y dentro del preciso culto pantefista del fuego, sobreviven ahí las predilectas rebuscas de alegórica ignición. El escenario tétrico de la noche tarapaqueña responde admirablemente a este afán de fantasmogoría. Después de las nueve de la noche, una por una de las cohortes concurrentes «salen a escena» para prodigar sus bailes ante las turbas de promeseros, integrando una atracción desconocida en el resto de las fiestas rituales de Chile. Es precisamente en la espectacular exhibición de luces y sombras,

donde desarrollan los oficiantes sus mejores artes y, con el hechizo de un «juego de escenario», se desempeñan como verdaderos actores.

LA MUSICA

Tratándose del ciclo de fiestas de La Tirana no se puede aludir, en sus diversas manifestaciones, a un ejemplo de diversidad dentro de la unidad porque, participando de un idéntico sentimiento y del más acendrado fervor, las caracterizaciones e interpretaciones de los concursantes son bien distintas. En la visión total de esta festividad apuntan matices diferenciales de grandísimo interés, pero muchos de ellos son virtualmente foráneos, concediendo al panorama general el carácter de un verdadero certamen.

Si las falanges de danzarines y «musicantes» llegaban, en 1944, a las tres decenas, en 1948 no pasaban de dos decenas, de las cuales había que desechar una tercera parte bien reconocida como extranjera—proveniente de Argentina, Perú y Bolivia.

En lo sonoro este «charivari» o Torre de Babel es por demás atrayente y se impone como un caso excepcional en tierra chilena, principalmente porque, a pesar de la diversidad racial, la lengua en uso es la castellana en su totalidad, tanto en las ofrendas, las oraciones, las alocuciones, los discursos como en los corales. Los cantos («Quele, Quele») en dialecto ritual, de un Aniceto Palza o de un Pablo Donez, quedan refundidos en la chilenidad; no así el saludo a la Virgen, de las «llameras»; el cual por su letra y su sistema musical es de absoluta filiación quechua. Igual extraña procedencia hay que asignar a algunos de los aires instrumentales que animan determinadas falanges o que son vertidos en el carácter de intermedios musicales. Son éstos numerosos y estructurados según los patrones melódicos y armónicos, tanto quechuas como aymarás.

No hay razón para desestimar los aportes extranjeros que integran el porcentaje de exotismo de este concurso, destinado a forjar, en lo venidero, la «mestización» en tierra tarapaqueña, o bien acogerse al patrimonio chileno. Son asimismo muy llamativas y sugestivas las evoluciones efectuadas desde 1879; en este repertorio ritual, propiamente tarapaqueño, sobresalen ejemplos flagrantes de transfiguración en el colorido musical; totalizando todo un acervo de arte regional bien lentamente forjado en esa parcialidad étnica y territorial.

Los «chunchos», los «pieles rojas» y los «Cruz del Calvario», con sus bagajes de instrumentos livianos, militan en nuestro campo

nacionalista. Tanto los aires de flauta y percusión de éstos como los de las «cuyacas», deben figurar en el repertorio chileno con un típico pentafonismo diluído que les asigna un colorido bien «sui-generis». El proceso de transculturación en el campo sonoro es evidente y lo que hasta ayer y hoy figuraba como «de prestado» pasará, por fatal evolución, al acervo vernáculo de Chile. Se confirman ahí casos sorprendentes de degradación de música quechua y aymará, en el lapso de los cuatro años corridos entre 1944 y 48; tendencia y corriente que se acentúa cada día más y siempre a favor de un colorido eminentemente regional.

SALTOS DE CHUNCHOS

flautin, caja y bombo

Vivace

Anotado por el autor al conjunto.
 «Cruz del Calvario» (Alonso Gimenez)
 director

Es un caso idéntico al que ofrece un «corto» cinematográfico argentino que en 1949 se exhibe y se oye en Chile. Dedicado oficialmente a la propaganda de la industria vitivinícola de Cuyo, ofrenda, en todo momento, una ilustración musical que nos suena como chilena por su estructura, pero que nos despista como argentina. Lucen en esos aires regionales una temática, un estilo y una manera muy nuestros y que ahí arraigaron en los tiempos de la dominación chilena. Es asimismo el caso de las zamacuecas cuyanas que si bien hablan nuestro idioma, lo hacen con un acento, con una pronunciación, con una sintaxis y, especialmente con un fraseo, virtualmente argentinos.

Idéntica transculturación se viene forjando en Tarapacá y Antofagasta con la contribución quechua y aymará: su pentafonismo se desvanece con la acción corrosiva del criollismo chileno y se alista entre nuestros valores vernáculos. De esta manera, el repertorio de La Tirana presenta tres categorías: chileno neto, quechua o aymará chilenizados, e incaico o boliviano puros; es obvio advertir que solamente las dos primeras categorías deben interesarnos.

Al ciclo chileno de saluciones, despedidas y alabanzas puede atribuirse en La Tirana el aire ritual: «Gracias a Dios que llegamos, al pie de tu altar mayor», entonado, como es de costumbre, en solo y coros. Su ritmo y su acento responsorial le asimilan en un repertorio virtualmente chileno, del cual forman parte otros cánticos similares de los santuarios norteños, como: «Reina y Madre Candelaria, Virgen Madre poderosa», hermoso himno de los oficiantes de San Fernando de Copiapó; «De tu templo soberano, ya nos vamos a retirar», como estrofa ritual de los «chinos» de Andacollo (N. S. del Rosario); «Te saluda, Virgen pura, Madre de nuestro Señor», de los «danzantes» de Andalollo; y, aun «Virgen Madre del Rosario, te he venido a saludar», de los «chinos» de Andacollo.

SALUTACION A LA VIRGEN

Quasi adagio.

Gracias a Dios que llega- mos al pie de tu al -
 - tar ma - yor adarte los fue-nos dí-
 - as flau-ta ban - de - - ray tam-bor.

Anotada por el autor a Onofre Vera y su conjunto de Chinos.

Basta enunciar esta asimilación del aire ritual «Gracias a Dios que llegamos» al acervo de esa especie de jaculatorias chilenas, para afirmar la rotunda chilenedad del repertorio musical de La Tirana. La preminencia de este cántico se afianza con el espíritu y filiación étnicos de la alabada «Ya nació la aurora, por toda la tierra», pieza

capital del programa típico del Santuario, de indiscutible vena tара-queña. El ritornelo instrumental de este último aire, levemente influido por el sistema pentafónico, sirve de transición al quechuismo más avanzado de los saltos de Chunchos y los aires rituales de los Promeseros del Carmen.

AURORA

Vivace

Più mosso

Moderato

ya na-ció la au-ro-ra pa to-da la tie-rra

Più mosso

Anotado por el autor al Conjunto Infantil

De más está recordar que los aires, decididamente exóticos, de las «llameras», de los «sicuris», de los «morenos» y tantas otras agrupaciones, integran un complemento extranjero bien atrayente de esta justa musical y coreográfica.

En referencia a la organografía, nada puede decirse en concreto, dada la diversidad y disparidad de las tendencias instrumentales que entran en acción. En el conjunto general, no hay nota dominante y ninguno de los componentes pierde su personalidad y sello característicos, clasificándose todos en un atrayente certamen.

Si se puede—en suelo chileno—concebir un concurso en pleno período de transición, hay que atribuir por entero las circunstancias

AIRE RITUAL

Vivace flautin, caja y bombo

The musical score is written in 3/8 time. The first system consists of a treble clef staff with a key signature of one flat (B-flat) and a melody line with eighth and sixteenth notes, and a bass staff with a simple accompaniment of eighth notes. The second system continues the melody and accompaniment, ending with a double bar line.

Anotado por el autor al grupo
 «Promeseros del Carmen» (Julio Astorga)
 director

de esta categoría al peregrinaje carmelitano de Tarapacá. La actitud obligada ante esta original manifestación es un decidido propósito de imparcialidad. Cada uno de nuestros valores vernáculos exhibe ahí otro análogo de raigambre extranjera. Como impulsados por una fatal ley de asimilación, estos últimos abdican sus características ante la imposición del medio, fundiéndose todos en un acervo propiamente regional.